



CRUCES DEL CARIBE

Inge Helena Valencia

Almorzábamos donde Pauline cuando de pronto paso un avión caza gringo. Una, dos veces, después otro, después el helicóptero. Nos miramos. Puffy se levantó, cogió las llaves de la lancha, un tanque de gasolina cargado, y al puerto. Una palabra en los ojos no verbalizada: "cruce".

Dos semanas antes una lancha había caído en frente de la casa de Ben, y muchas personas habían logrado llevarse una parte de la mercancía. Desde entonces cada vez que se veía o sentía algo, todo el mundo corría, sin decir nada, porque puede que en una de esas se encuentre el billete o la merca, y si todo va bien, se puede hacer la venta. Nosotros corrimos con curiosidad de saber que estaba pasando y claro, con la esperanza de encontrar algo. Cuando llegamos a Santa Catalina la tomba ya había entrado y sonaban disparos así que esperamos. Poco a poco los disparos se fueron acercando, hasta que llegaron donde nosotros los tiras de la isla vestidos de turistas (que todo el mundo sabe que son tiras) y nos sacaron.

Los del cruce eran dos pelados y los había pillado un avión. La gente dice que en el mar los aviones patrullan constantemente y que a veces, si hay una lancha sospechosa se acercan y toman fotos. Si la pillan, llaman el helicóptero y ahí... si se está cerca de tierra se hace la carrera. La cuestión es: o fuga inminente o cogida inmediata. Y eso fue lo que hicieron los pelados, agarrar sus cosas, correr a Santa Catalina y meterse isla adentro. La lancha quedó encallada en la playa con el motor prendido, nosotros a unos metros, con ganas de ver si había algo y justo al lado, un tira que insistía en que teníamos que retirarnos. A los pelados no los pudieron coger y tres horas después de la pasada del primer avión todo el mundo se preguntaba la manera en la que podrían salir, sabiendo que a esa hora ya las islas estaban militarizadas, que el ejército y la policía estaban requisando a quiénes estuvieran por ahí y que además, la armada estaba cayéndole a todos los que estaban en el agua, así estuvieran pescando.

Santa Catalina y Providencia están separadas por un estrecho canal y unidas por el puente de los enamorados. A nado, el paso del canal es fácil, pero hacerlo es como boleta y más por la noche. Si los pelados iban a salir no lo harían por ahí. Por eso, después de un rato y sabiendo que a la luz del día no pasaría nada, toda la gente se dispersó. Nosotros también nos abrimos y en la noche fuimos al concierto del novio de Sahany en la discoteca de Old Town. Para volver a casa, yo debía cruzar el puente, así que en la madrugada Sahany me dejó en la cabecera y quedamos en vernos al otro día.

El puente. 3 am. En las tablas del puente estaban los dedos de las manos de alguien, agarrándose silenciosamente, desplazándose de tabla en tabla para cruzar de Santa Catalina a Providencia. Pensé en el cruce, los pelados escondidos, las alternativas para escapar y sin detenerme, continué mi camino. Dos días después regrese a San Andrés y supe que los pelados habían podido entrar a Providencia sin ningún problema, donde seguramente estarían a la espera de un próximo cruce.

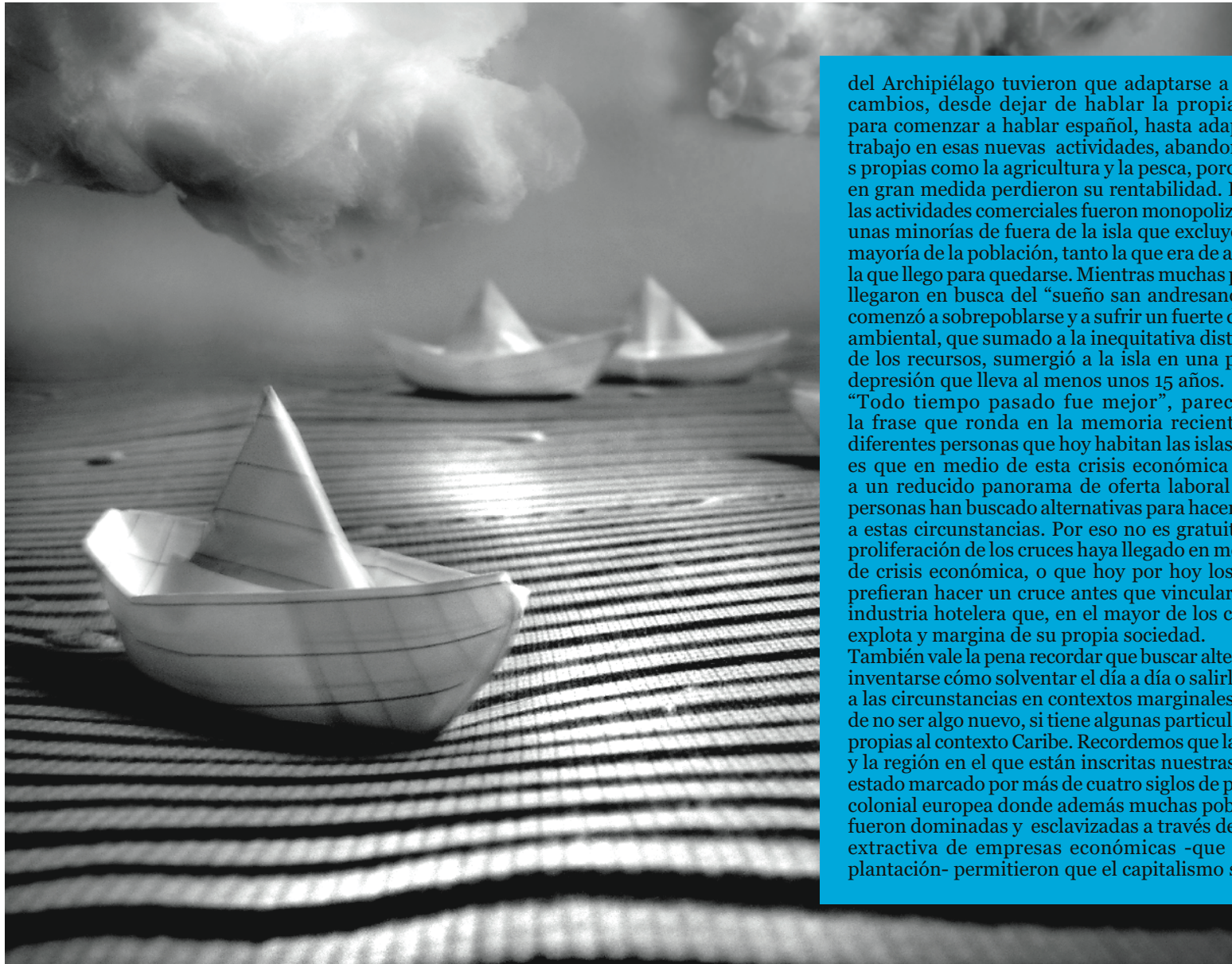


Hoy en nuestras islas, esas que reivindicamos como nuestras con un nacionalismo trasnochado, muchos jóvenes se aventuran a hacer cruces o trips, como comúnmente son conocidos los viajes realizados en lanchas rápidas ligados a actividades ilícitas. En estos viajes se transportan “mercancías” que desafían la política antinarcóticos y de seguridad de nuestro país y de los países vecinos. Sin embargo, muchos de los jóvenes dedicados a hacer cruces no son propietarios ni de las mercancías, ni de las embarcaciones y mucho menos del negocio.

Las elevadas remuneraciones que generan este tipo de trabajos, sumado a la difícil situación económica en que esta sumergido el Archipiélago de San Andrés y Providencia desde hace algunos años, hace que los jóvenes, cada vez más, decidan vincularse a este tipo de negocios. El dinero llega de vuelta a las islas, pero muchos jóvenes no. Algunos mueren y una gran cantidad son detenidos en cárceles de EEUU, México y Centro América. El número de

desaparecidos y prisioneros aumenta de manera preocupante y aunque no hay cifras oficiales al respecto, el dolor familiar y la ruptura del tejido social se hacen manifiestos en el día a día: madres que ahora son cabeza de familia, novias y hermanas que con incertidumbre esperan o lloran la pérdida de sus hombres. A pesar del riesgo, de la muerte, o lo que puede significar afrontar una condena de 20 años en cárceles extranjeras, hay quienes dedican su vida a seguir coronando bien sea por el prestigio o por la promesa de una alta remuneración.

Antes de abordar la proliferación de los cruces o el por qué los jóvenes deciden dedicarse a actividades ilegales, valdría la pena preguntarse por las condiciones que los propician y que han permitido que un cruce hoy sea más rentable que otras actividades económicas propias del contexto isleño como la pesca o la agricultura. La respuesta pareciera obvia pero en el fondo vemos una serie de relaciones ligadas a modelos económicos de acumulación que se articulan en complejas relaciones globales y locales. En los últimos cincuenta años San Andrés ha vivido la implantación de modelos exógenos a sus propias dinámicas productivas. Sea el caso del Puerto Libre que desde la década de los cincuenta posibilitó la compra de mercancías libres de impuestos, o del turismo a gran escala, ese “todo incluido” por el que muchos conocemos San Andrés. Estos modelos transformaron fuertemente a la isla, sus actividades económicas y productivas y lo más importante las relaciones entre las personas: quiénes vivían allí y quiénes llegaron para quedarse en busca de un futuro mejor. Con el desarrollo del comercio y la aparente consolidación del turismo, los habitantes nativos



del Archipiélago tuvieron que adaptarse a grandes cambios, desde dejar de hablar la propia lengua para comenzar a hablar español, hasta adaptarse al trabajo en esas nuevas actividades, abandonando las propias como la agricultura y la pesca, porque estas en gran medida perdieron su rentabilidad. Pero ojo, las actividades comerciales fueron monopolizadas por unas minorías de fuera de la isla que excluyeron a la mayoría de la población, tanto la que era de allí, como la que llegó para quedarse. Mientras muchas personas llegaron en busca del “sueño san andresano” la isla comenzó a sobrepoblarse y a sufrir un fuerte deterioro ambiental, que sumado a la inequitativa distribución de los recursos, sumergió a la isla en una profunda depresión que lleva al menos unos 15 años.

“Todo tiempo pasado fue mejor”, pareciera ser la frase que ronda en la memoria reciente de las diferentes personas que hoy habitan las islas. La cosa es que en medio de esta crisis económica y frente a un reducido panorama de oferta laboral muchas personas han buscado alternativas para hacerle frente a estas circunstancias. Por eso no es gratuito que la proliferación de los cruces haya llegado en momentos de crisis económica, o que hoy por hoy los jóvenes prefieran hacer un cruce antes que vincularse a una industria hotelera que, en el mayor de los casos, los explota y margina de su propia sociedad.

También vale la pena recordar que buscar alternativas, inventarse cómo solventar el día a día o salirle al paso a las circunstancias en contextos marginales, a pesar de no ser algo nuevo, si tiene algunas particularidades propias al contexto Caribe. Recordemos que la historia y la región en el que están inscritas nuestras islas ha estado marcado por más de cuatro siglos de presencia colonial europea donde además muchas poblaciones fueron dominadas y esclavizadas a través de la labor extractiva de empresas económicas -que como la plantación- permitieron que el capitalismo surgiera.

Pero en medio de la dominación, la represión y la marginalidad propia de un contexto colonial se hace necesario inventar estrategias para resistir, soportar o desestabilizar el orden. Sino ¿cómo explicar la presencia de piratas, filibusteros y contrabandistas muy propios de este lugar a la par de lugares “liberados” de toda autoridad colonial como los palenques y las rochelas? Si desde el siglo XVII existieron circuitos para fortalecer el intercambio entre Europa, África, América y cuidar las mercancías y las rutas que vieron nacer al capitalismo, también existieron quienes decidieron burlarlas y robarlas de muchas formas como táctica para debilitar al enemigo o como una estrategia de sobrevivencia socio-económica que en otras palabras también significa salirle al paso a las circunstancias. Sin tener una respuesta certera vemos que en el fondo el modelo persiste: si el comercio triangular vio nacer la piratería del siglo XVII hoy, bajo los designios de esta globalización se denuncia la existencia del narcotráfico y el contrabando. Se continúa con el movimiento de grandes influjos de dinero y de costosas mercancías: ya no azúcar o tabaco, sino armas y drogas, que permiten que las actividades y trabajos más riesgosos de unos acumulen para beneficio de otros. Los piratas de hoy burlan otro imperio y contrabandean otras mercancías para, entre otras cosas, hacerle frente a la de depresión económica propia de la región y también de presión porque querámoslo o no, éste sistema también nos devora en la invitación al consumo y al despilfarro. Y vale la pena decirlo, porque muchas veces estos cruces no se hacen solamente para tener qué comer o dónde vivir, sino para tener ropa muy exclusiva

para vestir o bienes suntuosos que exhibir. Los cruces, así como la piratería, pueden ser vistos como parte de esas estrategias para salirle al paso a las circunstancias, no solo frente a las dificultades económicas, sino también a situaciones de marginalidad, discriminación y esclavización que han caracterizado este lugar en sus más de cuatro siglos de presencia colonial. Podríamos decir que en el Caribe, frente a las instituciones, al deber ser de la legalidad y la oficialidad, existe otro registro que niega lo sistemático y afirma el desorden adquiriendo tintes de ilegalidad. Sino entonces cómo explicar las figuras que le hacen frente a ese mundo adverso impuesto por el colonial ruler. Como diría el sociólogo y caribeñista Pacho Avella: “En el Caribe el que busca pensarse lo hace jugando las reglas, o haciéndole el quite a ellas, jugándose la vida a cada instante, tiro a tiro, golpe a golpe como Pedro Navajas...” El Caribe huele a mar y sal, suena a salsa, reggae, reggaeton, calypso y ska, habla creole, patois y papiamentu desde una oralidad cómplice, que se mantiene frente al paso de los años y la oficialidad de los códigos escritos. Allí conviven el catolicismo, el protestantismo, el hinduismo y el Islam, junto a la santería, la obeah y el vudú. También encontramos la pobreza y la riqueza extrema frente a la difusa relación de lo legal y lo ilegal que evidencian lo intenso de sus contrastes. Contrastes que se reafirman en las dinámicas propias de esta globalización pero que también tienen raíz en una de las experiencias más desastrosas de la humanidad: esclavizar a las personas y considerarlas una mercancía en pos del funcionamiento de una gran máquina extractiva capitalista.

Inge Helena Valencia

Inge Helena Valencia, más conocida como “chingue”, es profesora de antropología egresada de la Universidad Nacional de Bogotá. Rola de las que se lucen con perlas cómo “oiga chino” o “uy si como no”, Inge Helena llegó a Cali vía Francia, donde vivió por unos años cursando estudios doctorales y donde se destacó por sus habilidades como mesera, *bartender* y albañil, entre otras cosas.

Fotografías:

David Rodriguez

noyereve.deviantart.com

Estudiante de Diseño Gráfico de la Universidad Nacional de Colombia, dedicado a la fotografía desde 2006.